

INTRODUCCIÓN

La opinión pública internacional volvió su mirada hacia la diversidad lingüística cuando, en 1992, Michael Krauss publicó su trabajo “The World’s Languages in Crisis”. Allí se vaticinaba que en el siglo *xxi* desaparecerían la mitad de las lenguas del mundo y que solo el 10 % de ellas parecen estar a salvo a largo plazo. Esto supondría que, en unas décadas, la humanidad pasaría de disponer de siete mil lenguas a tan solo setecientas.

A partir de ese momento, todas las iniciativas que previamente se habían interesado por la catalogación, la cuantificación o la reivindicación de las lenguas del mundo recibieron un impulso cuyos efectos son perceptibles hasta nuestros días. La catalogación de las lenguas se convirtió en tarea de importantes equipos de investigación en América, Europa y el Pacífico. Los trabajos de cuantificación se vieron reforzados por el interés de muchos países por la coexistencia de lenguas en sus territorios, y la protección de minorías lingüísticas y culturales se integró en la agenda política de muchos gobiernos del mundo. La pérdida de la diversidad lingüística en el planeta solo podía compararse a otro fenómeno de dimensiones gigantescas: el deterioro de la biodiversidad.

Este pesimista panorama, vivo aún en la conciencia colectiva de la humanidad, funcionó como excusa y razón para el desarrollo de varias líneas de estudio interesadas por las lenguas del mundo y sus comunidades, por cada una de ellas y en perspectiva comparada. El interés no era nuevo, pues desde el siglo *xviii* venían ensayándose catálogos de lenguas (Hervás y Panduro 1800-1805), desde el siglo *xix* se había insistido en la identificación de las lenguas con las naciones (Von Humboldt 1836) y desde el siglo *xx* se había consolidado la atención política de los gobiernos a la diversidad lingüística de sus poblaciones.

Las diferencias entre los estudios elaborados en el siglo *xxi* y los de épocas anteriores residen, por un lado, en la relevancia adquirida por las reivindicaciones identitarias, que suelen poner las lenguas en el centro de la diana,

y, por otro lado, en la calidad y cantidad de los recursos técnicos actualmente disponibles para abordar las investigaciones. Como cabría esperar, existen cuestiones de fondo, mayormente conceptuales, que siembran de dudas el conocimiento de la diversidad lingüística: ¿qué es una lengua natural?, ¿dónde están los límites entre variedades?, ¿cómo se contabiliza un hablante multilingüe? Bien cierto es todo ello, pero también lo es que las fuentes y medios disponibles en la actualidad hacen que los estudios se aborden con mayores garantías que hace tan solo medio siglo.

El interés por la diversidad lingüística se ha desarrollado desde diferentes ámbitos y, en consecuencia, refleja perspectivas y posiciones heterogéneas en cuanto a la epistemología y objetivos de las investigaciones. Una de las líneas de trabajo con más tradición en este campo ha sido la etnográfica, que, junto a la antropológica, siempre se ha interesado por las lenguas como expresión cultural y social de los pueblos. Desde los años noventa del siglo xx, la ecología lingüística o ecolingüística entroncó con la tradición etnográfica en su interés por las comunidades originarias o nativas, por sus lenguas y por sus dinámicas de mantenimiento o sustitución (Haugen 1972). Desde la misma época, la sociología del lenguaje y la sociolingüística se preocuparon por las lenguas minoritarias, la coexistencia y contacto entre lenguas, y por las funciones sociales que desempeñan desde sus respectivas comunidades (Bright 1964). A caballo entre los siglos xx y xxi, el campo de la economía de la lengua ha desarrollado un modelo de estudio que centra su interés en la función económica de las lenguas dentro de las sociedades y en su relevancia como tecnología de comunicación social, como factor de socialización y como soporte creativo (Grin 1996; Alonso 2006).

Tal diversidad de perspectivas e intereses ha derivado, como es natural, en una amplia bibliografía que trata aspectos muy diferentes, muchas veces complementarios, de la diversidad de las lenguas y de sus comunidades de hablantes, aspectos abordados desde metodologías cualitativas y cuantitativas combinadas de distinto modo. Sin embargo, todas estas perspectivas presentan un denominador común, un factor ineludible sobre el que se construyen gran parte de sus argumentaciones y razonamientos. Ese denominador común no es otro que el estudio de las poblaciones de hablantes desde la demografía. Cuando la demografía tiene como objeto las poblaciones hablantes de unas lenguas u otras, puede hablarse de demografía de las lenguas o demolingüística. Este es el centro de interés primordial de esta *Demografía de las lenguas*, en la que utilizaremos indistintamente las etiquetas recién mencionadas.

La demolingüística, definida como el estudio de la relación entre el uso social de las lenguas y la realidad demográfica de sus hablantes, es una disci-

plina que subyace transversalmente a todos aquellos trabajos que se han interesado por la diversidad lingüística. Por su naturaleza demográfica, podría argüirse que la base cuantitativa de la demolingüística no tiene fácil encaje con la perspectiva cualitativa que predomina en los trabajos etnográficos o ecolingüísticos, pero la verdad es que ninguno de ellos renuncia a la elemental tarea de contar y recontar hablantes, con lo que su dimensión demográfica resulta evidente. De hecho, el desarrollo de la demolingüística no es ajeno a las líneas maestras del análisis de la diversidad, por lo que incorpora con toda naturalidad ámbitos de estudio como la vitalidad lingüística, las minorías lingüísticas regionales, las minorías migratorias o las dinámicas internacionales de las lenguas, siempre con la demografía como base común, que no enturbia, sino que alumbra el análisis de otras facetas de las lenguas y sus hablantes.

En el estudio de la diversidad lingüística del mundo existen tres componentes fundamentales que pueden adquirir mayor o menor protagonismo según la epistemología de partida y según los intereses de cada investigación. Esos componentes son las poblaciones de hablantes, las variedades lingüísticas y los territorios. Los hablantes interesan colectiva e individualmente, las variedades importan en todas sus manifestaciones y los territorios, en sus distintas configuraciones y dimensiones. Sin embargo, la demolingüística no olvida que la atención primaria siempre recae en las poblaciones y en los atributos que las identifican.

Este libro, *Demografía de las lenguas*, está redactado con la finalidad de servir de texto introductorio a los lingüistas que deseen adentrarse en el espacio de la demografía y a los estudiosos de las ciencias sociales (especialmente los demógrafos) que deseen adentrarse en cuestiones lingüísticas, con la idea, en un caso y en otro, de estudiar las poblaciones en relación con sus lenguas y territorios. Por este motivo, una vez expuesto el marco general de la demolingüística, se ofrece un capítulo de cuestiones y conceptos lingüísticos de interés para el análisis demográfico y otro capítulo de cuestiones y conceptos demográficos orientados a realidades sociolingüísticas. Comprensiblemente, el resultado puede concitar el interés de estudiantes en campos tan distintos como la sociología, la economía o, por supuesto, la etnografía. El trabajo ofrece numerosos ejemplos procedentes de distintos ámbitos internacionales, si bien se presta una especial atención a los contextos europeos y americanos, particularmente aquellos en los que el español coexiste con otras lenguas.

El entramado conceptual que se ofrece en los primeros capítulos de este libro resulta imprescindible para comprender cuáles son y cómo operan los

factores de mayor incidencia sobre la vida social de las lenguas y sobre la dinámica de las poblaciones. No hay duda de que los nacimientos, las muertes y las migraciones constituyen la base de la composición y la evolución de las comunidades de hablantes. Sin embargo, otros factores pueden afectar a la vitalidad de las lenguas, a su prestigio, a su uso y, en definitiva, a sus posibilidades de mantenimiento o desaparición. Entre los conceptos y términos analizados se hallan, lógicamente, los de *lengua* y *hablante*, pero otros muchos resultan esenciales, como *vitalidad*, *comunidad* o *dominio nativo*, este último, desde una interpretación renovada.

Los capítulos centrales de este libro presentan el núcleo técnico del despliegue demolingüístico. Por un lado, se detalla la naturaleza de los datos que suelen manejarse en la investigación y, por otro, las fuentes de las que esos datos se extraen. Datos y fuentes constituyen los cimientos del edificio, de modo que todas las carencias o fallas que puedan ofrecer repercutirán directamente en la sostenibilidad de la investigación. El capítulo dedicado al análisis demolingüístico resulta fundamental para entender cómo se manejan de un modo práctico los conceptos y factores presentados anteriormente, teniendo en cuenta tanto su dimensión cualitativa como su desarrollo cuantitativo. Probablemente un demógrafo considere demasiado simples las informaciones que se ofrecen sobre las nociones y hechos demográficos, sobre las representaciones gráficas o incluso sobre los errores y sesgos más habituales en la práctica demolingüística. Sin embargo, no creemos que los demógrafos estén acostumbrados a enfocar sus instrumentos de análisis sobre la múltiple y, por momentos, etérea realidad de las lenguas y sus hablantes. Todo ello se presenta de la forma más clara y rigurosa posible, con el ánimo de paliar la negativa imagen proyectada por la expresión “los alegres guarismos de la demolingüística” (Salvador 1987; 1992: 101).

El capítulo final presenta algunas de las principales aplicaciones de la demolingüística en relación con unos tipos básicos de lenguas, minoritarias y mayoritarias: lenguas minoritarias étnicas, regionales, locales o sociales; lenguas mayoritarias nacionales o transnacionales. Cabría pensar que la ubicación final de estas páginas sobre las aplicaciones de la demolingüística refleja la concesión de una importancia menor a ese aspecto de la investigación. Nada más lejos de la realidad. La posición final significa que las aplicaciones son el colofón de los estudios porque, en su mayor parte, los condicionan. El fin último de la demolingüística no es simplemente describir poblaciones hablantes de unas lenguas, por respetable que sea ese cometido; el fin último es presentar los resultados de los análisis de forma tal que tengan un aprovechamiento, directo o indirecto, con fines sociales o comunitarios, generalmente

a través del ejercicio de la planificación y la política lingüísticas. Desde este planteamiento, la demolingüística no es una disciplina descriptiva, sino finalista e instrumental; un recurso para la planificación lingüística, educativa, social y cultural.

A pesar de que esta obra presenta sus contenidos en el orden que acaba de explicarse, lo cierto es que los capítulos y epígrafes que la componen gozan de cierta autonomía, de modo que sería posible proceder a una lectura no lineal, adaptada a las necesidades o conveniencias de cada persona. De este modo, si los lectores provienen del ámbito de la lingüística, pero no están familiarizados con la demolingüística, pueden comenzar el libro por el capítulo 1, seguir por el 5 y abordar a continuación el 3, el 4 y el 6. Si, en cambio, los lectores proceden de las ciencias sociales, podrían iniciar su lectura por el capítulo 7, el de las aplicaciones, continuar por el 2 y seguir con el 5 y el 6. En el caso de los demógrafos y otros estudiosos de las ciencias sociales, sería aconsejable comenzar también por el 7 y continuar por el 5 y el 6. En fin, si el interés se centra en el conocimiento de aspectos metodológicos, se puede proceder directamente a la lectura de los capítulos 4 y 5. El texto, además, admite una lectura *quirúrgica*, acudiendo directamente desde los índices a los apartados o capítulos que interesen en cada momento. En definitiva, las necesidades de los lectores y la conveniencia de los tutores que guíen las lecturas de sus estudiantes tendrán la última palabra sobre el itinerario que haya de seguirse.

Finalmente, esta *Demografía de las lenguas* se presenta con la clara intención de servir de puente entre disciplinas de distinta raíz epistemológica. Nadie niega las diferencias que se descubren entre las lenguas minoritarias, las regionales, las nacionales o las transnacionales; nadie niega la distancia que existe entre la lengua de una pequeña comunidad originaria y el uso de una lengua en foros internacionales. Pero, unas lenguas y otras, unas situaciones y otras, unas poblaciones de hablantes y otras están unidas, en la teoría, por el vínculo de la demografía y, en la práctica, por los censos y las encuestas. Estas páginas quieren ponerlo de relieve. Creemos que es posible presentar una visión integradora de las múltiples formas que hay de entender la diversidad lingüística en relación con las poblaciones. Esa visión se basa simplemente en unos conceptos y en unos métodos compartidos dentro del espacio de la demolingüística.